



Pal 1900

CANTO A LOS JUEGOS VASCOS

Gabriel Celaya

El brío no es la fuerza.
¡Sasoya! Cuando falla la física energía,
se sacan los arrestos de lo que sólo es alma.
Real es lo imposible
y luz transverberante la furia concentrada.
Se paran los relojes que median el tiempo
y fallan los sistemas de pesos y medidas.
¡Sasoya! Es el milagro
del alma que de pronto se hace fisiología.

Yo he visto a un aizkolari con las manos sangrantes
y he visto que, aunque muerto, seguía: golpeando
no sé con qué energía.

¡Sí, yo le he visto a Arriya!

Yo he oído el gran silencio del público expectante,
y el corazón de todos pulsando la victoria,
latente, concentrado,

sonando con lo claro de aquellos troncos secos
que un ritmo iba golpeando.

¡Sasoya! Era el, milagro real cuando Echeveste
tomaba aquella piedra tan cargada de siglos,
la alzaba y la dejaba,

volvía a levantarla, parecía que sólo
estaba respirando con un cósmico ritmo.

Natural, tan tranquilo,
reía, se ensanchaba, miraba como un niño,
tensaba sus dos brazos

y una vez, otra vez, mostraba lo inaudito.

Cantemos el gran ritmo del «aúpa» colectivo.
Cantemos la tensión real con que sostiene
el pueblo a su esforzado,
y el unánime golpe del corazón pidiendo
siempre más, mucho más, y así exigiendo, haciendo.
Cantemos la alegría.

Cantemos la victoria del hombre sin medida
que levanta un pasado de muerte y nos libera.
Cantemos la energía que vence las tinieblas.

¡Sasoya! No es la fuerza corporal desatada.
Tan física es el alma y universal el ritmo,
que ciertas distinciones parecen sin sentido.
Yo he visto la trainera de Orio en los buenos días,
su patrón con la mano todavía en la estacha,
los remeros doblados, tan tensos que, aún parada,
vibraba la madera de aquella flecha alerta.

Yo he visto sus champas,
aquel golpe de remos que a todos nos llevaba.

El ritmo lento y hondo, seguro, acompasado
de una triunfal palada.
Los pechos respirando la anchura de los mundos,
y el corazón en alto,
y un clamor en Igueldo, y en Urgull, y en el muelle,
y todos los pesqueros tocando las sirenas
al ver que, ya por puntas, ganaban por dos largos.
Ganaban... ¿Qué ganaban?
El orgullo de ser poderosos y sanos.

¡El ritmo, sólo el ritmo!
El ritmo en nuestros cuerpos y el ritmo en los planetas.
El ritmo en los pulmones que aspiran y que expiran,
y en los cielos a vueltas.
El ritmo en el esfuerzo y el ritmo en el descanso,
y el ritmo del que baila la noble *espatadantza*
y cada vez que salta, logra una nueva marca
como el remero vasco que acompasa su esfuerzo,
quizá tan sólo danza.

De *Rapsodia éuskara*, 1961



Robert Portefini 1973